

RECORDANDO A NUESTROS HÉROES

Capitán de Fragata

(Post Mortem)

Pedro E. Giachino

1982 1° de abril. Noche. Aproximadamente 21.00 hs. Mucho viento, estado del mar como siempre en el Atlántico sur. A unas pocas millas la oscura costa de las islas Malvinas. El destructor ARA Santísima Trinidad se mueve acompasadamente con las olas mientras permanece con las máquinas paradas y con todas sus luces apagadas. A su costado algunos botes de goma Zodiac se van completando de hombres vestidos de combate, con sus caras camufladas y su armamento preparado para ser empleado ni bien pongan un pie en tierra. Ellos saben que en esta oportunidad no se trata de un ejercicio más. A partir de ese momento comienzan a poner su vida a disposición de los más altos intereses de su Patria. Están adiestrados para ello y el orgullo que experimentan incrementa su ansiedad y concentración para actuar.

Dos patrullas de la Agrupación de Comandos Anfibios y de Buzos Tácticos de la Armada Argentina se alejan de la seguridad que les dan los sistemas y tripulantes del buque y se dirigen hacia la costa. Clama el viento y ruge el mar.

En uno de los botes va el Capitán de Corbeta IM Pedro Giachino. No estaba destinado en la Agrupación pero fue enviado allí para esta misión dadas sus destacadas aptitudes militares.

Deben lograr la rendición de los Royal Marines y del Gobernador antes de que se produzca el desembarco de todas las fuerzas argentinas. Con una durísima regla de empeñamiento: no causar bajas al enemigo, ni siquiera en caso de combatir.

Pedro Giachino nació en 1947 en Mendoza. Ingresó a la Escuela Naval Militar en 1964. Luego de cursar su último año a bordo de la Fragata ARA Libertad, egresó como Guardiamarina de Infantería de Marina con la promoción 96, para gran orgullo de toda su familia, a fines de 1967.



A las 22.30 hs desembarcan y comienzan una marcha de varios kilómetros. El armamento listo, los procedimientos de combate en la mente de cada uno, la familia en el corazón que late intensamente. La noche continúa muy fría. El viento, el de siempre en nuestro sur. La turba malvinense hace más duro el avance. Una patrulla se dirige al cuartel británico, y otra, a cargo de Giachino, va hasta la casa del gobernador para tomarlo prisionero junto con quienes le estuvieran brindando protección militar.

Conoce de memoria el recorrido hasta su destino. Va identificando los lugares, y repasando la ubicación y entorno de su objetivo. Sus hombres lo siguen guiados por su experiencia y capacidad de liderazgo. Lo han visto muchísimas veces en las durísimas ejercitaciones que realizaron juntos como Comandos. Lo conocen, confían en él.

Giachino había realizado el curso para tropas especiales en el Ejército Argentino en 1971 y, posteriormente, el de paracaidista militar. Desarrolló una carrera tipo en las más destacadas unidades de la Infantería de Marina. Era un oficial como todos los que integran la Armada. Con sus mismas cualidades, inquietudes y similares proyectos profesionales y personales.

A 05.30 hs llega frente a la vivienda, despliega a sus hom-



bres. Cada uno tiene claras las consignas, lista su arma y muy firme su espíritu. Desde el interior de la vivienda no se los ve. Sus gorros negros, cara tiznada, su desplazamiento sutil los hace pasar desapercibidos. Le ordena al Teniente de Fragata Diego García Quiroga, que habla inglés a la perfección, que intente a la rendición dando todas las seguridades de buen trato y respeto, tanto a las personas como a los bienes materiales. Se recibe la respuesta. Un nutrido fuego de armas portátiles que impactan muy cerca de donde los argentinos se encuentran.

Se había casado muy joven, poco después de recibirse. Cristina, su esposa marplatense, lo acompañó en todos sus destinos. Llevó un estilo de vida idéntico al

de todas las mujeres de marinos. Las mudanzas, los colegios para sus hijas, la vivienda, la incertidumbre sobre el destino del año siguiente, y en el caso de ella, los nervios cada vez que su esposo tenía un salto en paracaídas o una misión difícil de adiestramiento como Comando Anfibio.

Los ingleses no se rinden. Giachino decide actuar y cambia el modo de acción. Los primeros vehículos anfibios de la Fuerza de Desembarco ya estaban arribando a la costa y él debe cumplir su misión antes que lleguen a Puerto Argentino para evitar que se establezca un combate con resultados inciertos para la población. Se para y se lanza con algunos de sus hombres hacia la edificación. Rompe una puerta y entra a un largo pasillo. No encuentra a nadie. Vuelve a salir para intentar ingresar por otro sector y es herido por el enemigo. García Quiroga, que corre a socorrerlo, también recibe heridas. Otro que cae en ese combate es el cabo Urbina, el enfermero del grupo. Los disparos se intensifican. Giachino yace en suelo malvinense consciente pero perdiendo mucha sangre. Los ingleses no permiten su asistencia. Tenía una granada activada en su mano. Si ellos iban por él la soltaría.

Cristina y sus dos hijas, Karina y Vanesa, de 8 y 9 años de edad aún no se habían levantado. Estaban en su casa de Puerto Belgrano. Su papá se había despedido pocos días antes diciéndoles que se iba de campaña, como tantas otras veces. Les recomendó portarse bien, tomar la Comunión y ayudar a mamá.

Finalmente, luego de un extenso combate, los Royal Marines depusieron sus armas. Giachino es trasladado para ser atendido. Es tarde, fallece. Alcanza a saber que había cumplido su misión y que esas islas argentinas nuevamente estaban con nosotros.

Suena el timbre en la casa de los Giachino. Cristina atiende. Es el Jefe de la Base. Sus hijas la escuchan gritar: "¡¡¡Noooo!!!".

Recibió la máxima condecoración que otorga la Nación Argentina: Al Heroico Valor en Combate.

Nuestro primer héroe de Malvinas. Un valioso ejemplo como oficial naval y militar en combate.